

La lucha de clases a escala mundial

Vicenç Navarro

El neoliberalismo como práctica de clase

Una de las características de nuestro tiempo es el predominio del neoliberalismo en los principales foros económicos, políticos y sociales de los países capitalistas desarrollados y de los organismos internacionales sobre los que ejercen influencia, incluidos el FMI, el Banco Mundial, la OMC y los órganos técnicos de las Naciones Unidas, como la Organización Mundial de la Salud, la FAO y UNICEF. Desde los tiempos del Gobierno de Carter en los Estados Unidos, el neoliberalismo fue ampliando su influencia a lo largo de los Gobiernos de Reagan y, en el Reino Unido, bajo el Gobierno de Thatcher, hasta convertirse en una ideología internacional. El neoliberalismo sostiene una teoría (aunque no necesariamente una práctica) que postula lo siguiente:

1. El Estado (o lo que en la jerga popular se designa erróneamente como «el Gobierno») tiene que reducir su intervencionismo en las actividades económicas y sociales.
2. Se deben liberalizar los mercados laborales y financieros con el fin de liberar su enorme energía creativa.

• Artículo publicado en *MR*, vol. 58, n° 4, septiembre de 2006, pp. 18-33. Traducción de Mireia Bofill. Vicenç Navarro es profesor y director del Programa de Políticas Públicas de la Johns Hopkins University (Estados Unidos) y de la Universitat Pompeu Fabra.

Este trabajo está dedicado a la memoria de mis buenos amigos Paul Sweezy y Harry Magdoff, que nos enseñaron a evaluar críticamente todo lo que existe sin compromiso, en el sentido de que nuestra crítica no tema sus propios resultados ni tampoco entrar en conflicto con los poderes existentes. (V.N.)

3. Se deben estimular el comercio y las inversiones, eliminando las fronteras y las barreras a fin de permitir una plena movilidad de la fuerza de trabajo, el capital y las mercancías y servicios.

Según los autores neoliberales, siguiendo estos tres principios, se ha podido constatar que la aplicación a escala mundial de dichas prácticas ha dado lugar al desarrollo de un «nuevo» proceso: una globalización de la actividad económica que ha generado un enorme crecimiento económico en todo el mundo, asociado a una nueva era de progreso social. Por primera vez en la historia, nos dicen, estamos siendo testigos de una economía a escala mundial en la que los Estados están perdiendo poder, sustituidos por un mercado mundial centrado en las grandes empresas multinacionales, que son las unidades principales de la actividad económica en el mundo actual.

Esta celebración del proceso de globalización también se aprecia entre algunos sectores de la izquierda. Michael Hardt y Antonio Negri, en su obra ampliamente citada *Empire* (Harvard University Press, 2000; traducción al castellano de Alcira Bixio: *Imperio*, Paidós, Barcelona, 2005), celebran la gran creatividad de lo que consideran como una nueva era del capitalismo. Este nuevo periodo —afirman— rompe con las estructuras estatales obsoletas y establece un nuevo orden internacional, que ellos definen como un orden imperialista. Postulan asimismo que este nuevo orden se mantiene sin que ningún Estado lo domine o sea hegemónico. Así, escriben:

...insistimos en afirmar que la construcción del imperio implica un avance en el sentido de desechar toda nostalgia por las estructuras de poder que lo precedieron y de repudiar toda estrategia que implique retornar al antiguo ordenamiento, como tratar de resucitar al Estado-nación para protegerse contra el capital global. Sostenemos que el imperio es mejor del mismo modo que Marx sostenía que el capitalismo es mejor que las formas de sociedad y los modos de producción anteriores a él. La visión de Marx se basa en una lúcida y saludable aversión por las jerarquías parroquiales y rígidas que precedieron a la sociedad capitalista, así como en un reconocimiento de que, en la nueva situación, el potencial para la liberación crece. (p. 39; 64 de la versión castellana)

La globalización (o sea, la internacionalización de la actividad económica conforme a los principios neoliberales) se presenta, en la posición de Hardt y Negri, como un sistema internacional que estimula una actividad a escala mundial que funciona sin que ningún Estado o Estados la dirijan o la organicen. Esta visión admirativa y halagadora de la globalización y del neoliberalismo explica las reseñas positivas que ha recibido *Imperio* por

parte de Emily Eakin, comentarista de libros del *New York Times*, y de otros críticos integrados en el sistema, que nunca han destacado por sus reseñas favorables de obras que afirmen derivar su posición teórica del marxismo. De hecho, Eakin describe *Empire* como el marco teórico que necesita el mundo para comprender su realidad.

Hardt y Negri aplauden, junto con los autores neoliberales, la expansión de la globalización. En cambio, otros autores de izquierdas, lejos de celebrarla, la lamentan y ven en la globalización la causa del aumento progresivo de las desigualdades y la pobreza en el mundo. Es importante destacar que, si bien lamentan la globalización y critican el pensamiento neoliberal, los autores de este último grupo —entre los que figuran Susan George y Eric Hobsbawm, por ejemplo— a pesar de todo comparten con los autores neoliberales el supuesto básico del neoliberalismo, a saber, que los Estados están perdiendo poder dentro de un orden internacional en el que el poder de las grandes empresas multinacionales ha reemplazado al poder de los Estados.

Contradicción entre la teoría y la práctica del neoliberalismo

Conviene aclarar de entrada que la teoría y la práctica neoliberales son dos cosas totalmente distintas. La intervención estatal y el gasto público han aumentado durante los últimos treinta años en la mayoría de los países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), incluido el del Gobierno federal de los Estados Unidos. Mi campo de estudios son las políticas públicas, de manera que estudio la naturaleza de las intervenciones estatales en muchas partes del mundo y puedo dar fe de la expansión de la intervención estatal en la mayoría de países del mundo capitalista desarrollado. Incluso en los Estados Unidos, el neoliberalismo del presidente Reagan no se tradujo en un declive del sector público federal. Al contrario, el gasto público federal aumentó bajo su mandato, del 21,6% al 23% del PNB, como resultado del incremento espectacular del gasto militar, que pasó del 4,9% al 6,1% del PNB (Congressional Budget Office National Accounts 2003). Este crecimiento del gasto público se financió con un incremento del déficit federal (que generó una expansión de la deuda federal) y un aumento de los impuestos. Reagan, el presidente supuestamente enemigo de los impuestos, de hecho los aumentó para un mayor número de personas (en tiempos de paz) que ningún otro presidente en la historia de los Estados Unidos. Y no solo una vez, sino dos (en 1982 y 1983). En una demostración de poder de clase, redu-

jo drásticamente los impuestos para el 20% de la población con los niveles de renta más altos, mientras los aumentaba para la mayoría.

Por lo tanto, no se ajusta a la realidad afirmar que Reagan redujo el papel del Estado en los Estados Unidos, mediante una reducción del sector público y una bajada de impuestos. Lo que hizo (al igual que Carter antes de él) fue modificar de manera espectacular el carácter de la intervención estatal, de tal forma que esta pasó a beneficiar todavía más a las clases más altas y a los grupos económicos que financiaron sus campañas electorales (como, por ejemplo, las grandes empresas relacionadas con el estamento militar). Las políticas de Reagan eran, en efecto, políticas de clase que perjudicaron a la mayor parte de la clase trabajadora del país. Reagan era profundamente antiobrero e introdujo recortes sin precedentes en el gasto social. Vale la pena repetir que las políticas de Reagan no eran neoliberales; eran keynesianas y estaban basadas en un gran gasto público y grandes déficit federales. Además, el Gobierno federal también intervino muy activamente en el desarrollo industrial del país (sobre todo, pero no exclusivamente, a través del Departamento de Defensa). Como señaló en cierta ocasión Caspar Weinberger, Ministro de Defensa del Gobierno Reagan (respondiendo a las críticas de los demócratas de que el Gobierno había abandonado al sector fabril): «Nuestro Gobierno ha impulsado y ampliado las políticas industriales más que ningún otro del mundo occidental» (*Washington Post*, 13 de julio, 1983). Tenía razón. Ningún otro Gobierno occidental desarrolló una política industrial tan amplia. De hecho, el Estado federal estadounidense es uno de los más intervencionistas del mundo occidental.

Existen pruebas científicas muy sólidas de que los Estados Unidos no son una sociedad neoliberal (como constantemente se los define) y de que el Estado estadounidense no está reduciendo su papel fundamental en el desarrollo de la economía nacional, incluida la producción y distribución de bienes y servicios por parte de las grandes empresas del país. Esos datos empíricos demuestran que el intervencionismo del Gobierno federal (en los ámbitos económico, político, cultural y de la seguridad) ha aumentado en los últimos treinta años. En el ámbito económico, por ejemplo, no se ha reducido el proteccionismo, sino que ha aumentado, con mayores subvenciones para los sectores agrícola, militar, aeroespacial y biomédico. En el terreno social, han aumentado enormemente (no solo bajo Reagan, sino también bajo Bush padre, Clinton y Bush hijo) las intervenciones estatales encaminadas a mermar los derechos sociales (y muy especialmente los derechos laborales), y la vigilancia sobre los ciudadanos ha crecido de forma exponencial. También en este caso, el intervencionismo federal no

ha disminuido en los Estados Unidos, sino que en los últimos treinta años ha adoptado un sesgo de clase aún más marcado.

Los hechos desmienten fácilmente los relatos neoliberales sobre el papel decreciente del Estado en la vida de las personas. De hecho, como señaló en una ocasión John Williamson, uno de los arquitectos intelectuales del neoliberalismo: «Tenemos que reconocer que el Gobierno de los Estados Unidos no cumple en su casa lo que predica fuera», para añadir luego: «el Gobierno de los Estados Unidos promueve unas políticas que no se siguen en el país» («What Washington Means by the Policy Reform», en J. Williamson, ed., *Latin America Adjustment*, 1990, p. 213). No podría haberlo expresado mejor. En otras palabras, si quieren comprender las políticas estadounidenses fíjense en lo que hace el Gobierno de los Estados Unidos y no en lo que dice. Otro tanto sucede en la mayoría de los países capitalistas desarrollados. Sus Estados se han vuelto más, y no menos, intervencionistas. El tamaño del Estado (medido por el montante de gasto público per cápita) ha aumentado en la mayoría de esos países. Los datos empíricos al respecto también son sólidos. El Estado no se ha reducido sino que más bien ha cambiado el carácter de su intervención, con una consolidación de su carácter de clase.

Deterioro de la situación económica y social en el mundo

Contrariamente a lo que afirma el dogma neoliberal, las políticas públicas neoliberales han tenido notablemente poco éxito en la consecución de sus objetivos declarados: eficiencia económica y bienestar social.

Tabla 1: Crecimiento económico, 1960-2000

	1960-1980	1980-2000
Tasa de crecimiento económico en los países en desarrollo (excepto China):		
Crecimiento económico anual	5,5%	2,6%
Crecimiento económico anual per cápita	3,2%	0,7%
Tasa de crecimiento económico en China:		
Crecimiento económico anual	4,5%	9,8%
Crecimiento económico anual per cápita	2,5%	8,4%

Fuentes: World Bank, *World Development Indicators*, 2001 CD-ROM; Robert Pollin, *Contours of Descent* (Verso, 2003), p. 131.

Si se compara el periodo 1980-2000 (cuando el neoliberalismo alcanzó su máxima expresión)¹ con el periodo inmediatamente anterior, 1960-1980, se puede observar fácilmente que el primero fue mucho menos exitoso que el segundo en la mayor parte de los países capitalistas desarrollados y en desarrollo. Como muestra la tabla 1, la tasa de crecimiento y la tasa de crecimiento per cápita fueron muy superiores en el periodo 1960-1980 (5,5% y 3,2%) que en 1980-2000 (2,6% y 0,7%) en todos los países en desarrollo (no pertenecientes a la OCDE) excepto China. Mark Weisbrot, Dean Baker y David Rosnick han documentado que la mejora de los indicadores de calidad de vida y bienestar (mortalidad infantil, tasa de escolarización, esperanza de vida y otros) aumentaron con mayor rapidez en 1960-1980 que en 1980-2000 (si se comparan países con el mismo nivel de desarrollo en el año inicial de cada periodo; *The Scorecard on Development*, Center for Economic and Policy Research, septiembre, 2005). Y, como muestra la tabla 2, en los países capitalistas desarrollados, la tasa de crecimiento económico anual per cápita fue inferior en 1981-1999 que en 1961-1980.

No obstante, también es importante subrayar que, debido al mayor crecimiento económico anual per cápita en los países de la OCDE comparados con los países en desarrollo (excepto China), la diferencia en sus tasas de crecimiento se ha ido ampliando de forma dramática (tabla 2). Lo cual,

Tabla 2

A. Tasa media anual de crecimiento económico per cápita en los países de la OCDE y países en desarrollo

	1961-1980	1981-1999
(A) Países de la OCDE	3,5%	2,0%
(B) Países en desarrollo (excepto China)	3,2%	0,7%
Diferencial de crecimiento (A/B)	0,3%	1,3%

B. Aumento de las desigualdades de ingresos en el mundo, 1980-1998 (excluida China)

Ingresos del 50% más rico como % del 50% más pobre	4% más desiguales
Ingresos del 20% más rico como % del 20% más pobre	8% más desiguales
Ingresos del 10% más rico como % del 10% más pobre	19% más desiguales
Ingresos del 1% más rico como % del 1% más pobre	77% más desiguales

Fuentes: World Bank, *World Development Indicators*, 2001; Robert Sutcliffe, *A More or Less Unequal World?* (Political Economy Research Institute, 2003); Robert Pollin, *Contours of Descent* (Verso, 2003), p. 133.

desde un punto de vista práctico, significa que las desigualdades de ingresos entre ambos tipos de países han aumentado espectacularmente, sobre todo entre los extremos (véase la tabla 2). Pero, lo que es más importante, no solo han aumentado de un modo espectacular las diferencias entre países sino también dentro de cada país, tanto en los países desarrollados como en los países en desarrollo. Si se suman ambos tipos de desigualdades (entre países y dentro de cada país), resulta que, como ha documentado Branco Milanovic, el 1% más rico de la población mundial recibe un 57% de los ingresos mundiales y la diferencia de ingresos entre los más ricos y los más pobres ha pasado de ser de 78 veces más a 114 veces más (*Worlds Apart*, Princeton University Press, 2005).

Merece la pena destacar que, aunque la pobreza ha aumentado en todo el mundo y en los países que siguen políticas públicas neoliberales, esto no significa que los ricos de cada país (incluidos los países en desarrollo) se hayan visto afectados adversamente. Al contrario, los ingresos de los ricos aumentaron considerablemente, así como su distancia respecto de los no-ricos. Las desigualdades de clase han aumentado mucho en la mayoría de países capitalistas.

El neoliberalismo como práctica de clase: las raíces de las desigualdades

En resumen, los ingresos de los más ricos han aumentado espectacularmente en cada uno de esos países como resultado de las intervenciones estatales. Por consiguiente, es importante recuperar algunas de las categorías y conceptos descartados por amplios sectores de la izquierda tales como: estructura de clases, poder de clase, lucha de clases, y sus repercusiones sobre el Estado. Dichas categorías científicas continúan siendo de fundamental importancia para comprender qué está sucediendo en cada país. Conviene aclarar que un concepto científico puede ser muy antiguo pero nunca anticuado. «Antiguo» y «anticuado» son dos conceptos distintos. La ley de la gravedad es muy antigua pero no anticuada. Si alguien lo duda, puede comprobarlo saltando desde un décimo piso. Algunos sectores de la izquierda corren el riesgo de pagar un coste igualmente suicida por ignorar conceptos científicos como los de clase y lucha de clases simplemente porque son antiguos. No se puede comprender el mundo (desde Irak hasta el rechazo de la Constitución Europea) sin reconocer la existencia de las clases y de las alianzas de clases que se establecen a escala mundial entre las clases dominantes del mundo capitalista desarrollado y las del

mundo capitalista en desarrollo. *El neoliberalismo es la ideología y la práctica de las clases dominantes tanto del mundo desarrollado como del mundo en desarrollo.*

Pero antes de adelantarnos a extraer conclusiones, empecemos por considerar la situación en cada país. La ideología neoliberal fue la respuesta de las clases dominantes a los considerables logros conseguidos por las clases trabajadoras y campesinas entre el final de la Segunda Guerra Mundial y mediados de la década de 1970. El enorme aumento de las desigualdades registrado desde entonces es resultado directo del incremento de los ingresos de las clases dominantes como consecuencia de las políticas públicas determinadas por consideraciones de clase, como por ejemplo: (a) la desregulación de los mercados laborales, como medida antitrabajadora; (b) la liberalización de los mercados financieros, que ha beneficiado muchísimo al capital financiero, la rama hegemónica del capital durante el periodo 1980-2005; (c) la liberalización del comercio de bienes y servicios, que ha beneficiado a la población con niveles de consumo elevados a expensas de los trabajadores; (d) la reducción del gasto público de carácter social, que ha perjudicado a las clases trabajadoras; (e) la privatización de los servicios, que ha beneficiado al 20% más rico de la población a expensas del bienestar de las clases trabajadoras, que dependen de los servicios públicos; (f) el fomento del individualismo y el consumismo, en detrimento de la cultura de la solidaridad; (g) el desarrollo de un relato y un discurso teóricos que rinden tributo retórico al mercado, pero en realidad encubren una alianza clara entre las empresas transnacionales y el Estado donde tienen su sede; y (h) la promoción de un discurso antiintervencionista claramente contradictorio con el mayor intervencionismo actual del Estado en apoyo de los intereses de las clases dominantes y de las unidades económicas —las empresas transnacionales— que los promueven. Cada una de esas políticas públicas determinadas por consideraciones de clase requiere una acción o una intervención estatal que entra en conflicto con los intereses de la clase trabajadora y otras clases populares.

El conflicto principal del mundo actual: un enfrentamiento, no entre el Norte y el Sur, sino entre una alianza de las clases dominantes del Norte y del Sur frente a las clases dominadas del Norte y del Sur

Ha pasado a formar parte de las sabiduría convencional en amplios sectores de las izquierdas de que el conflicto principal en el mundo enfrenta al Norte rico con el Sur pobre. Sin embargo, el Norte y el Sur tienen clases

con intereses contrapuestos que han establecido alianzas a escala internacional. Esta situación se me hizo evidente en mi condición de asesor del presidente Allende en Chile. El golpe fascista del general Pinochet no fue, como se dijo ampliamente, un golpe impuesto por el Norte rico (los Estados Unidos) al Sur pobre (Chile). Quienes impusieron brutalmente el régimen de Pinochet fueron las clases dominantes de Chile (la burguesía, la pequeña burguesía y los profesionales de clase media alta), con el apoyo, no de los Estados Unidos (¡la sociedad estadounidense no es un agregado de 240 millones de imperialistas!), sino del Gobierno de Nixon, que en aquella época era muy impopular en los Estados Unidos (después de haber enviado al ejército a sofocar una huelga de mineros en los Apalaches).

No tener presente la existencia de clases conduce a menudo a condenar a un país entero, frecuentemente los Estados Unidos. Sin embargo, lo cierto es que la clase trabajadora estadounidense es una de las primeras víctimas del imperialismo de su país. Algunos alegarán que la clase trabajadora estadounidense se beneficia del imperialismo. Por ejemplo, la gasolina es relativamente barata (aunque cada vez menos) en los Estados Unidos. Llenar el depósito del coche me cuesta 35 dólares en los Estados Unidos y 52 euros para el mismo modelo de vehículo en Europa. No obstante, el transporte público es, en cambio, prácticamente inexistente en muchas regiones de los Estados Unidos. A la clase trabajadora de Baltimore, por ejemplo, le convendría mucho más contar con un transporte público de primera calidad (del cual carece) que tener que depender de los coches, independientemente del precio de la gasolina. Y no debemos olvidar que los intereses de los sectores de la energía y del automóvil han sido agentes importantes de la oposición contra el transporte público en los Estados Unidos y de su desmantelamiento. La clase trabajadora estadounidense es víctima del sistema capitalista e imperialista de su país. No por azar ningún otro país del mundo capitalista desarrollado cuenta con un Estado del bienestar tan poco desarrollado como el estadounidense. En los Estados Unidos mueren más de 100.000 personas cada año por la carencia de una asistencia sanitaria pública.

La tendencia a considerar la distribución del poder en el mundo mientras se ignora el poder de clase dentro de cada país también se manifiesta en las frecuentes denuncias de que las organizaciones internacionales están controladas por los países ricos. Por ejemplo, con frecuencia se señala que el 10% de la población mundial, que vive en los países ricos, detenta el 43% de los votos en el FMI, pero no es cierto que el 10% que vive en los llamados países ricos controle el FMI. Este está dominado por las clases dominantes de esos países ricos, que promueven políticas públicas que

perjudican a las clases dominadas de sus propios países y también de otros. Por ejemplo, el director del FMI fue hasta hace poco Rodrigo Rato, ministro de Economía de España con el Gobierno ultraderechista de José María Aznar (que se asoció a Bush y Blair en apoyo de la guerra en Irak) que desarrolló las brutales políticas de austeridad que redujeron severamente el nivel de vida de las clases populares españolas (Vincent Navarro, «Who is Mr. Rato?» *Counterpunch*, junio, 2004).

También quisiera aclarar otra cuestión. Se ha escrito mucho sobre el conflicto entre países ricos y pobres dentro de la OMC. Se dice que los Gobiernos de los países ricos subvencionan fuertemente su agricultura y a la vez establecen barreras proteccionistas para sectores como el textil y el alimentario que son vulnerables a la entrada de productos de los países pobres. Si bien es cierto que estas barreras al comercio mundial afectan adversamente a los países pobres, es un error suponer que la solución es una mayor liberalización del comercio mundial. Aun sin barreras, la mayor productividad de los países ricos garantizaría su éxito en el ámbito del comercio internacional. Lo que necesitan los países pobres es pasar de unas economías orientadas a la exportación (que están en la raíz de sus problemas) a unas economías orientadas hacia el consumo doméstico interior, una estrategia que requeriría una importante redistribución de la renta y a la que, por consiguiente, se resisten las clases dominantes de dichos países (y las de los países ricos). Es extremadamente importante comprender que la mayoría de países ya disponen de recursos (incluido capital) para superar su subdesarrollo. Permítanme que cite a una fuente poco habitual. El *New York Times* publicó el 12 de septiembre de 1992 (cuando la explosión demográfica se consideraba la causa de la pobreza en el mundo) una cándida evaluación de la situación en Bangladesh, el país más pobre del planeta. En el extenso artículo, Ann Crittenden se refería directamente a la raíz del problema, las pautas de propiedad del activo productivo, la tierra:

La causa última de la persistencia de la desnutrición en medio de una relativa abundancia es la distribución desigual de la tierra en Bangladesh. En dicho país pocas personas son ricas según los criterios occidentales, pero existen fuertes desigualdades, que se reflejan en una distribución sumamente sesgada de la propiedad de la tierra. El 16% más rico de la población rural controla dos terceras partes de las tierras y casi el 60% de la población posee menos de un acre de terreno.

Crittenden no confiaba en que la solución fuera tecnológica. Muy al contrario, la tecnología podía empeorar aún más las cosas:

Las nuevas tecnologías agrícolas que se están introduciendo han tendido a favorecer a los grandes agricultores, lo cual les ha situado en una posición más favorable para comprar las tierras de sus vecinos menos afortunados.

¿Por qué se mantiene esta situación? La respuesta está clara:

Aun así, con un Gobierno dominado por los terratenientes —alrededor del 75% de los diputados son propietarios de tierras— nadie prevé ningún tipo de apoyo oficial a favor de cambios fundamentales en el sistema.

Por mi parte, añadiría que en la clasificación de los regímenes políticos del Departamento de Estado de los Estados Unidos, Bangladesh figura en la columna de los países democráticos. Mientras tanto, el hambre y el bajo peso son las principales causas de mortalidad infantil en dicho país. La cara hambrienta de un niño bangladesí es la imagen más habitual de los anuncios con los que muchas organizaciones caritativas intentan avergonzar a la gente de los países desarrollados para inducirles a donar dinero y alimentos a Bangladesh. ¿Con qué resultados?

Los funcionarios encargados de la ayuda alimentaria en Bangladesh reconocen en privado que solo una pequeña parte de los millones de toneladas de alimentos enviados al país ha llegado a la población pobre y hambrienta de las aldeas. Los alimentos se entregan al Gobierno, que a su vez los vende a precios subvencionados al ejército, la policía y los habitantes de clase media de las ciudades.

La estructura de clases de Bangladesh y las relaciones de propiedad que la determinan son las causas de la enorme pobreza. Como concluye Ann Crittenden:

Bangladesh posee tierras suficientes para proporcionar una dieta adecuada a todos los hombres, mujeres y niños del país. El potencial agrícola de esa tierra con una exuberante vegetación es tal que podría alimentar con sus solos recursos incluso el crecimiento de la población que tendrá lugar inevitablemente durante los próximos veinte años.

Últimamente, Bangladesh ha sido noticia por el elevado crecimiento económico registrado, debido principalmente a sus exportaciones al mercado mundial. Pero dicho crecimiento se ha limitado a un pequeño sector de la economía orientado a la exportación y no ha cambiado la situación de la mayoría de la población. Mientras tanto, han aumentado la desnutrición y el hambre.

Los Estados y las alianzas de clase

Los Estados desempeñan un papel fundamental en el establecimiento de alianzas de clase. Por ejemplo, la política exterior de los Estados Unidos está orientada a prestar apoyo a las clases dominantes del Sur (donde, por cierto, viven el 20% de las personas más ricas del mundo). Dichas alianzas incluyen en muchos casos vínculos personales entre los miembros de las clases dominantes. Los ejemplos son numerosos: entre otros, el apoyo tradicional de la familia Bush a los regímenes feudales de Oriente Próximo; el apoyo de Clinton a los Emiratos Árabes Unidos, uno de los principales patrocinadores de la Biblioteca Clinton en Little Rock (Arkansas) y un donante destacado a Clinton, en forma de honorarios por sus conferencias (de hasta un millón de dólares) y a las causas que le favorecen (*Financial Times*, 4 de marzo, 2006). El régimen de los Emiratos Árabes Unidos es uno de los más brutalmente represivos del mundo. Las clases dominantes niegan la ciudadanía al 85% de la población trabajadora (los denominados «trabajadores invitados»). Huelga decir que las agencias internacionales (fuertemente influenciadas por los Gobiernos estadounidense y europeos) promueven tales alianzas, basadas en la retórica neoliberal del libre mercado. La reducción del gasto social público, propugnada por el FMI y el Banco Mundial, forma parte de las políticas públicas neoliberales que impulsan las clases dominantes, tanto del Norte como del Sur, a expensas del bienestar y la calidad de vida de las clases dominadas del mundo entero. En todos los ejemplos citados, los Estados del Norte y del Sur desempeñan un papel decisivo.

Otro ejemplo de alianzas entre las clases dominantes es la actual promoción de los seguros médicos comerciales por parte del Gobierno de Bush, tanto entre la población estadounidense como también, progresivamente, en el mundo en desarrollo. Esto se hace con el asesoramiento y la colaboración de los Gobiernos de América Latina en nombre de sus clases dominantes, las cuales se benefician de los planes de seguros privados, que seleccionan a sus clientes y excluyen a las clases populares. Estas últimas, en los Estados Unidos y en América Latina, rechazan profundamente esa presión a favor de la atención sanitaria como negocio. (La película *John Q* narra la hostilidad de la clase trabajadora estadounidense contra las compañías de seguros sanitarios.) El hecho de que las clases dominantes de los países desarrollados y de los países en desarrollo compartan los mismos intereses de clase no significa que coincidan en todo. Desde luego no es así. Tienen importantes discrepancias y conflictos (igual que existen discrepancias y conflictos entre los diferentes componentes de las clases dominantes

de cada país). Pero dichos desacuerdos no pueden ocultar sus intereses comunes, tal como queda claramente de manifiesto en los foros neoliberales (como el de Davos) y en los instrumentos neoliberales que ocupan una posición hegemónica (como *The Economist* y *The Financial Times*).

¿Existe actualmente un Estado dominante en el mundo?

En el mundo actual, más que a una globalización, estamos asistiendo a una regionalización de las actividades económicas en torno a un Estado dominante: Norteamérica en torno a los Estados Unidos, Europa en torno a Alemania y Asia en torno a Japón, y dentro de poco a China. En consecuencia, en cada región existe una jerarquía de Estados. En Europa, por ejemplo, el Gobierno español depende de las políticas públicas de la Unión Europea, en las que predomina el Estado alemán. Esta dependencia crea una situación ambivalente. Por un lado, los Estados de la UE optan por delegar políticas importantes (como la política monetaria) a una institución de rango superior (el Banco Central Europeo, que está dominado por el Banco Central Alemán). Pero esto no significa necesariamente que el Estado español pierda poder. Una «pérdida de poder» implica que antes se tenía más, lo cual no siempre es así. Por ejemplo, España tiene más poder con el euro como moneda que antes con la peseta. De hecho, el presidente español José Luis Rodríguez Zapatero habría pagado un precio muy alto por plantarle cara a Bush (al retirar las tropas españolas de Irak) si la moneda nacional española aún hubiese sido la peseta. Compartir la soberanía puede aumentar el poder. Por el otro lado, las clases dominantes de Europa se escudan a menudo en el Gobierno europeo para justificar políticas impopulares que desean aplicar (como la reducción del gasto público como consecuencia del Pacto Europeo de Estabilidad, que obliga a los países a mantener un déficit del Estado inferior al 3% del PNB); estas políticas se presentan como resultado de la legislación europea, en lugar de como obra de los Estados miembros, con lo cual se diluye la responsabilidad de cada Gobierno. Las alianzas de clase a escala europea se manifiestan a través del funcionamiento de las instituciones europeas, comprometidas con la ideología y las políticas neoliberales. El «no» al proyecto de constitución europea fue la respuesta de las clases trabajadoras de algunos Estados miembros a las instituciones europeas que operan como alianzas de las clases dominantes de Europa.

Dentro de la jerarquía de Estados, algunos ocupan un lugar dominante. El Estado norteamericano ocupa un lugar dominante que mantiene

mediante un conjunto de alianzas con las clases dominantes de otros Estados. La ideología neoliberal aporta el vínculo que une a estas clases. No hace falta decir que entre ellas hay conflictos y tensiones. Pero dichas tensiones no pueden pesar más que sus intereses de clase comunes. Entre las prácticas que las unen figuran unas políticas agresivas contra la clase trabajadora y las instituciones de izquierdas. El periodo 1980-2005 se caracterizó por campañas agresivas contra los partidos de izquierdas que habían triunfado en el periodo 1960-1980. Durante el periodo neoliberal, la alianza de las clases dominantes ha impulsado movimientos religiosos interclasistas que han usado la religión como fuerza motivadora para frenar al socialismo o al comunismo. El Gobierno de Carter fue el primero que empezó a apoyar a los fundamentalistas religiosos en Afganistán contra el Gobierno dirigido por los comunistas. Desde Afganistán hasta Irak, Irán, los territorios palestinos y muchos países árabes, las clases dominantes de los Estados Unidos y de Europa, a través de sus Gobiernos, han financiado y apoyado a los fundamentalistas religiosos, a menudo movidas no solo por su interés de clase, sino también por su propia religiosidad. Se pretendía que la «mayoría moral» estadounidense se convirtiese en una mayoría moral a escala mundial. Dichos movimientos fundamentalistas profundamente antiizquierdistas desarrollaron su propia dinámica y aprovecharon la enorme frustración de las masas árabes con sus regímenes feudales opresores para facilitar la captura del Estado y el establecimiento de teocracias religiosas igualmente opresoras, como ha ocurrido en muchos países árabes.

No obstante, es un error considerar el apoyo de las clases dominantes a los regímenes feudales como mero producto de la guerra fría. Fue mucho más que eso. Fue una respuesta de clase. La mejor prueba de ello es que el apoyo se ha seguido manteniendo después del desmoronamiento de la Unión Soviética. La guerra fría era una excusa para desarrollar la lucha de clases a escala mundial, como lo demuestra la continuidad de la misma. La guerra de clases se ha convertido, en efecto, en un componente muy activo del intervencionismo estadounidense. Una terapia de «choque» impulsada por Lawrence Summers y Jeffrey Sachs en Rusia durante el Gobierno de Clinton redujo la esperanza de vida en Rusia como consecuencia de la dramática disminución del nivel de vida de las clases populares rusas. La creciente privatización de los activos públicos formó parte de la guerra de clases en Rusia, igual que ha ocurrido en Irak.

El jefe de la ocupación estadounidense en Irak, Paul Bremer, despidió a medio millón de empleados del Gobierno, redujo drásticamente los impuestos que pagaban las empresas, ofreció nuevos derechos extraordinarios a los inversores y suprimió todas las restricciones a las importaciones

para todas las empresas excepto la industria petrolera. Como describe Jeff Faux en *The Global Class War* (Wiley, 2006), las únicas leyes de la brutal dictadura iraquí que mantuvo la ocupación fueron las contrarias a los sindicatos, incluido un acuerdo de negociación colectiva restrictivo que retiró a los trabajadores todas las bonificaciones y ayudas para la adquisición de alimentos y para la vivienda. Como comentaba un editorial de *The Economist*, las reformas económicas introducidas en Irak eran el «sueño de todo capitalista» (25 de septiembre, 2003).

Otra versión de la divisoria Norte-Sur ha aparecido últimamente en los escritos de uno de los pensadores más influyentes en los Estados Unidos, el filósofo John Rawls, que divide a los países del mundo en países «dignos» (*decent*) e «indignos» (*indecent*). Los primeros (la mayoría situados en el mundo capitalista desarrollado) son los que poseen derechos e instituciones democráticos, mientras que los países indignos (la mayoría situados en el mundo en desarrollo) carecen de ellos. Una vez dividido el mundo en estas dos categorías, llega a la conclusión de que más vale ignorar a los países indignos, si bien reconoce «una responsabilidad moral de ayudar a los países pobres, cuya pobreza les impide organizarse como sociedades liberales o dignas». Tales posiciones y declaraciones demuestran una ignorancia apabullante sobre las relaciones internacionales, pasadas y actuales, así como sobre las relaciones de clase en cada uno de esos países. Rawls confunde, además, a los Gobiernos con los países (una confusión que se da a menudo cuando se supone que el conflicto principal se da entre el Norte y el Sur). Los países que él designa como indignos (caracterizados por dictaduras brutales y corruptas) tienen clases; las clases dominantes de los países dignos no han ignorado a las clases dominantes de dichos países en las actividades que cultivan y apoyan, y que también afectan negativamente a la calidad de vida y al bienestar de sus propias clases dominadas. Asimismo, en los países que Rawls designa como indignos, hay movimientos de clase que soportan enormes sacrificios y luchan heroica e incesantemente a favor de un cambio, frente a la obstaculización y la oposición de las clases dominantes de los países llamados dignos. Resulta llamativo (aunque predecible) que una figura intelectual tan destacada defina la brújula moral de esas clases tan indignas. El último ejemplo de esta indignidad es el apoyo que, según las noticias, han prestado los Gobiernos estadounidense y británico al rey de Nepal, fruto de su deseo de contener una rebelión masiva encabezada por partidos de izquierdas en un país del Tercer Mundo.

Las desigualdades entre países y sus consecuencias sociales

Está bien documentado que las desigualdades contribuyen a la falta de solidaridad social y al aumento de las patologías sociales. Muchas personas, entre las que me cuento, han documentado esta realidad (*The Political Economy of Social Inequalities: Consequences for Health and Quality of Life*, Baywood, 2002). Los datos científicos que corroboran esta posición son abrumadores. En cualquier sociedad dada, la reducción de las desigualdades sociales permitiría prevenir la mayor parte de muertes. Michael Marmot estudió el gradiente de la mortalidad por afecciones cardíacas entre profesionales con diferentes grados de autoridad y constató que a mayor nivel de autoridad, menor mortalidad por afecciones cardíacas (*The Status Syndrome*, 2005). También demostró que este gradiente en la mortalidad no se podía explicar exclusivamente por la dieta, el ejercicio físico o el nivel de colesterol; esos factores de riesgo solo explicaban una pequeña parte del gradiente. El factor más importante era la posición que ocupaban las personas dentro de la estructura social (en la que la clase, el género y la raza tienen un papel fundamental) y la distancia social entre los grupos, junto con el grado de control que tenía cada persona sobre su vida.

Este hallazgo científico enormemente importante tiene muchas implicaciones, una de las cuales es que el problema principal con el que nos enfrentamos no es simplemente la eliminación de la pobreza sino la reducción de las desigualdades. Es imposible resolver el primero sin resolver el segundo. Otra implicación es que la pobreza no es solo una cuestión de recursos, como suponen erróneamente los informes del Banco Mundial que miden la pobreza en el mundo cuantificando el número de personas que subsisten con un dólar diario. De nuevo, el verdadero problema no son los recursos absolutos, sino la distancia social y los diferentes grados de control sobre los propios recursos. Y esto es cierto en todas las sociedades.

Me explico. Un joven negro desempleado sin cualificación residente en el gueto de Baltimore posee más recursos (es probable que tenga coche, teléfono móvil, más metros cuadrados de vivienda y más enseres de cocina) que un profesional de clase media en Ghana. Si todo el mundo constituyera una sola sociedad, el joven de Baltimore sería de clase media y el profesional de Ghana sería pobre. Sin embargo, la esperanza de vida del primero (45 años) es mucho menor que la del segundo (62 años). ¿Cómo es posible si el primero posee más recursos que el segundo? La respuesta es evidente: resulta mucho más difícil ser pobre en los Estados Unidos (el sentimiento de distancia, frustración, impotencia y fracaso es muy superior) que ser de clase media en Ghana. El primero se encuentra situado

muy por debajo de la mediana; el segundo está por encima de la mediana.

¿Opera el mismo mecanismo en relación con las desigualdades entre países? La respuesta, cada vez más, es afirmativa. Y el motivo de que añada «cada vez más» es la comunicación; con unos sistemas y redes de información cada vez más globalizados, las zonas más remotas del mundo reciben más información. Y la distancia social que crean las desigualdades se está volviendo cada vez más visible no solo dentro de cada país sino también entre países. Dado que dicha distancia se percibe cada vez más como un resultado de la explotación, nos enfrentamos a la perspectiva de una enorme tensión, comparable a la existente en los siglos XIX y XX, cuando la explotación de clase se convirtió en la fuerza impulsora de la movilización social. El elemento fundamental para definir el futuro son los canales que sigue la movilización. Hemos asistido a una enorme movilización, instigada y conducida por una alianza de las clases dominantes del Norte y del Sur, con el objetivo —ya señalado antes— de estimular movilizaciones religiosas o nacionalistas interclasistas, que no modifican las relaciones de clase. Este fenómeno ya se vio a finales del siglo XIX y principios del XX. En Europa, por ejemplo, la democracia cristiana aparece como respuesta de las clases dominantes frente a la amenaza del socialismo y el comunismo. El nacimiento del fundamentalismo islámico se fomentó con la misma finalidad.

La alternativa de izquierdas debe estar centrada en alianzas entre las clases dominadas y otros grupos dominados, con un movimiento político construido sobre la base del proceso de lucha de clases que se desarrolla en cada país. Como dijo el venezolano Hugo Chávez: «No puede ser un mero movimiento de protesta y celebración como Woodstock». Es una lucha enorme, un empeño para el cual la organización y la coordinación son fundamentales, que requiere una Quinta Internacional. Este es el reto actual para la izquierda internacional.

Nota

1. El punto de partida del neoliberalismo y del aumento de las desigualdades se sitúa en julio de 1979, con la espectacular subida de los tipos de interés introducida por Paul Volker, que frenó el crecimiento económico (a lo cual se sumaron las dos crisis del petróleo que afectaron especialmente a los países muy dependientes del petróleo importado) (véase David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, Akal, Madrid, 2007). Volker subió los tipos de interés (con lo cual generó una recesión a escala mundial) como una medida antiobrera para debilitar al movimiento obrero, en los Estados Unidos y en el extranjero. La subida de los tipos de interés también inició, como ha señalado Giovanni Arrighi (en «The African Crisis: World Systemic and Regional Aspects», *New Left Review* [mayo-junio, 2002]), una

afluencia de capital a los Estados Unidos, lo que dificultó mucho la competencia por un capital limitado a los demás países, especialmente los más pobres. El hecho de que los eurodólares destinados a la adquisición de petróleo (que aumentaron muchísimo con las crisis petroleras) estuvieran depositados en los Estados Unidos dificultó especialmente la adaptación de los países pobres. Entonces se inició el estancamiento de dichos países. Los más afectados por estas políticas públicas neoliberales fueron los países de América Latina, que siguieron ampliamente dichas políticas, y los países africanos (los más pobres entre los pobres) que registraron un acusado crecimiento negativo. En 2000, 24 países africanos tenían un PNB per cápita menor que 25 años antes.